

**Bosquejos de los mensajes  
para el Entrenamiento de Tiempo Completo  
del semestre de primavera del 2010**

-----

**TEMA GENERAL:  
MAYORDOMOS DE LOS MISTERIOS DE DIOS**

Mensaje treinta y dos

**La iglesia como el complemento de Cristo: tipificada por la sulamita  
(3)**

Lectura bíblica: Cnt. 2:8-14; 8:1-7, 13-14

**I. La sulamita es librada del yo al experimentar una unión con la cruz mediante el poder de la resurrección de Cristo—Cnt. 2:8-14; Fil. 3:10:**

- A. Después de que la que busca al Señor ha tenido cierta medida de éxito en ir en pos de Cristo a fin de hallar satisfacción, ella cae en introspección, el yo introspectivo, el cual llega a ser una pared que la separa de la presencia de Cristo—Cnt. 2:9.
- B. La introspección consiste en examinar el yo, estudiándolo y analizándolo; el yo está constituido de introspección—cfr. 1 Co. 4:3-4.
- C. Debemos ejercitar nuestro espíritu a fin de poner nuestra mirada únicamente en Jesús; nuestro yo no merece nuestra atención—He. 12:1-2a; Jn. 3:14-15; 12:31-32; Nm. 21:4-9; Mt. 16:24:
  - 1. La que busca al Señor se siente desilusionada a causa de la introspección, pero el Señor la llama para que entre en la etapa de primavera—Cnt. 2:10; cfr. He. 3:7-8; Jn. 8:58.
  - 2. Cuando ella pone la mirada en sí misma, se encuentra en el invierno de adormecimiento, pero cuando pone su mirada en el Cristo resucitado, entra en una etapa de primavera, la etapa de la resurrección—Cnt. 2:10-13.
- D. Cristo desea que aquella que le busca, Su paloma, permanezca en una condición crucificada todo el tiempo, es decir, que permanezca en Él, “las grietas de la peña, en lo escondido de escarpados parajes” [heb.], en lo secreto de los precipicios—v. 14; Gá. 2:20; Sal. 91:1.
- E. No somos crucificados por el poder de nuestra vida natural ni por nuestra propia fuerza, sino mediante el poder de la resurrección, la presencia de Cristo, quien salta sobre los montes y brinca por los collados, y es tipificado por la gacela, el cervatillo y “la cierva de la aurora”—Cnt. 2:8-9; Sal. 22, título; Pr. 4:18.
- F. Debemos morir diariamente, tomar la cruz cada día y ser configurados a la muerte de Cristo mediante el Espíritu, quien es el poder y las riquezas de Su resurrección, en beneficio de Su Cuerpo—1 Co. 15:31, 36; Lc. 9:23; Fil. 3:10; cfr. Os. 6:1-3.
- G. Debemos seguir el camino de la justicia al participar en la visión y ministerio de la era, reconociendo que no servimos para otra cosa que morir y ser sepultados; esto nos permitirá disfrutar de los cielos abiertos, del Espíritu de Dios que desciende y del hablar del Padre—Mt. 3:13-17; 21:32; cfr. Ez. 3:1-3.
- H. Por causa de la vida de iglesia, debemos disfrutar de la preciosa muerte de Cristo con su dulce eficacia, y de la preciosa resurrección de Cristo con su poder repelente en Cristo, lo cual es el Espíritu compuesto—Éx. 30:23-25; Fil. 1:19-21a.
- I. Debemos tomar la cruz, lo cual significa aceptar la voluntad de Dios; la cruz es la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios es nuestra comida—Mt. 26:39; He. 10:5-10; Jn. 4:34:

1. La única iglesia es la voluntad de Dios, y cada hermano y hermana que está en la iglesia es la voluntad de Dios; por lo tanto, llevar la cruz significa sobrellevar la iglesia y a todos los santos, a fin de experimentar la unidad genuina—Ef. 4:1-3; 1 Co. 1:10; Fil. 2:2.
  2. La unidad en la gloria divina se cumple cuando nos negamos completamente al yo y cuando tomamos como nuestro centro el Cuerpo, no el yo—Jn. 17:21-23; 1 Co. 12:24-25.
  3. La cruz es la voluntad de Dios en nuestras circunstancias externas y la muerte de Jesús en nuestro ser interior, todo lo cual coopera para aniquilar nuestro hombre natural y nos reestructura con el Dios de la resurrección—2 Co. 4:10-12; 12:7-10; 13:3-4.
  4. Llevar la cruz por causa del Cuerpo significa permitir que la paz de Cristo sea el árbitro en nuestros corazones, tomar al Señor perdonador como nuestra vida, recibir a los creyentes del Señor y apartarnos de los que causan divisiones y propagan muerte—Col. 3:12-15; Ro. 15:7; 16:17; Nm. 6:6-7; Lv. 5:2.
- J. Debemos disfrutar al Cristo crucificado y resucitado como el Espíritu vivificante, el cual es la solución a todos los problemas que surgen en la vida de iglesia—1 Co. 2:2; 15:45, 58.
- K. Debemos comer al Cristo crucificado y resucitado como el árbol de la vida, tomándolo como nuestro “antibiótico” diario—Ap. 2:7; 1 P. 2:24; 3:18; Jn. 6:57.
- L. Debemos servir por el Espíritu de Dios para la gloria de Dios y no tener confianza alguna en nosotros mismos—Fil. 3:3; 1 Ts. 3:13; 2 Co. 4:5; 1 Co. 10:31.
- M. Debemos recibir una visión del Cristo crucificado y aplicar la cruz de Cristo a nuestras situaciones amargas y a nuestro amargo ser, a fin de disfrutar al Cristo resucitado como nuestro Sanador y como nuestro poder sanador—Éx. 15:22-27; 1 P. 2:24; Ap. 2:7; Mt. 9:12.
- N. Debemos poner fin a los problemas que provienen de nuestro yo, los cuales son simbolizados por la manera en que los leprosos rasuraban todo su cuerpo, lo cual equivale a deshacernos del yo mediante la “navaja” de la cruz—Lv. 14:9:
1. El cabello representa la gloria del hombre, la cual exhibe el yo.
  2. La barba representa el honor que el hombre presupone tener.
  3. Las cejas representan las excelencias, méritos y virtudes del hombre, los cuales provienen de su nacimiento natural.
  4. El vello del cuerpo representa la fuerza y capacidad naturales del hombre.

**II. Puesto que el corazón de la sulamita está completamente poseído por Cristo, ella ha alcanzado la madurez en la vida divina y la esperanza que invade su ser es poder ser arrebatada—Cnt. 8:1-4, 14; Sal. 73:25:**

- A. Cuando su cuerpo sea transfigurado (Fil. 3:21), ella y el Señor serán iguales (1 Jn. 3:2), y nadie la menospreciará debido a sus carencias en la carne (Cnt. 8:1).
- B. Ella espera ser salva del gemido que le causa su carne, lo cual indica que ella espera ser arrebatada por medio de la redención de su cuerpo—vs. 2-4; Ro. 8:23; 2 Co. 5:1-8; Ef. 4:30b.
- C. La que ama a Cristo, quien anteriormente subió del desierto espiritual (el entorno mundano) por sí misma (Cnt. 3:6), ahora sube del desierto de la carne (la esfera terrenal) recostada sobre su Amado, confiando en Él con absoluto abandono (8:5):
  1. La frase *recostada sobre su amado* comunica lo impotente e incapaz que ella se siente para andar sola sin el Señor; así que ella se torna en una carga que su Amado debe sobrellevar—cfr. 2 Co. 12:9-10; 13:3-4.
  2. La frase *recostada sobre su amado* implica que, al igual que Jacob, el encaje de su muslo ha sido tocada, y que su fuerza natural ha sido quebrantada por el Señor—Gn. 32:24-25.

3. La frase *recostada sobre su amado* implica que ella siente que está bajo una presión abrumadora y que dicha situación no parece acabar sino hasta que concluya su travesía por el desierto—cfr. 2 Co. 1:8-9.
  4. La frase *recostada sobre su amado* implica que ella vive completamente según el principio del árbol de la vida, en absoluta dependencia del Señor, no según el árbol del conocimiento del bien y del mal—Gn. 2:9; cfr. He. 11:8; 2 Cr. 20:12.
- D. Mientras ella espera Su regreso, ella sale, juntamente con Él, a encontrarse con Él (cfr. Mt. 25:1); al recostarnos sobre nuestro Amado, constantemente le disfrutamos como la fuerza que nos ayuda a salir a Su encuentro y a dejar el mundo atrás—Gn. 5:22-24; He. 11:5-6.
- E. Ella comprende que si ha de perseverar hasta el fin, ello no depende de su propio esfuerzo, sino de que el Señor la proteja; por esta razón, ella le pide al Señor que la ponga como un sello en Su corazón (donde se halla Su amor que guarda) y en Su brazo (donde se halla Su poder que protege)—Cnt. 8:6-7; 2 Ts. 3:5; Jud. 24.
- F. La que ama a Cristo le pide a Aquel que mora en los creyentes, Sus huertos, que le deje escuchar Su voz, mientras sus compañeros escuchan Su voz—Cnt. 8:13:
1. Esto indica que en la obra que realizamos para nuestro Amado quienes amamos a Cristo, nuestro Amado, debemos mantener nuestra comunión con Él, siempre atentos a Su voz—Lc. 10:38-42; Mr. 4:16-17, 20, 23-25.
  2. Nuestras vidas (llegar a ser la Nueva Jerusalén) dependen de las palabras del Señor, y nuestra obra (edificar la Nueva Jerusalén) depende de los mandatos del Señor; la principal característica de nuestras oraciones debe ser nuestro anhelo por que el Señor nos hable—Ap. 2:7; 1 S. 3:9-10; Hch. 22:10:
    - a. El Señor siempre desea abrir nuestro oído para que escuchemos Su voz, de modo que veamos las cosas según Su economía—Is. 50:4-5; Éx. 21:6.
    - b. Los oídos que no oyen necesitan ser circuncidados—Jer. 6:10; Hch. 7:51.
    - c. Los oídos de los pecadores necesitan ser lavados con la sangre redentora y ungidos con el Espíritu—Lv. 14:14, 17, 28.
    - d. Si queremos servir al Señor como sacerdotes, debemos lavar nuestros oídos con la sangre redentora—Éx. 29:20; Lv. 8:23-24.
  3. Si el Señor no nos habla, no recibiremos ninguna revelación, luz o conocimiento; la vida de los creyentes depende absolutamente del hablar del Señor—Ef. 5:26-27; Jn. 17:17; Mt. 4:4; cfr. 24:45-51.
- G. En la oración de conclusión en este libro poético, la que ama a Cristo pide a su Amado que se apresure y regrese en el poder de Su resurrección (la gacela y el cervatillo) para establecer Su deleitoso y hermoso reino (las montañas de especias), el cual habrá de llenar toda la tierra—Cnt. 8:14; Ap. 11:15; Dn. 2:35:
1. Esta oración, la cual describe la unión y comunión que existe entre Cristo, el Novio, y aquellos que le aman con amor de nupcias, Su novia, se asemeja mucho a la oración que hizo Juan, quien amaba a Cristo, como conclusión de las Santas Escrituras, en la cual se revela la economía eterna de Dios con respecto a Cristo y la iglesia en Su divino amor—Ap. 22:20, cfr. vs. 17a, 21.
  2. “¡Ven, Señor Jesús!” es la última oración que aparece en la Biblia (v. 20); toda la Biblia concluye con el deseo, expresado por medio de esta oración, de que el Señor venga.
  3. “Cuando el Señor venga, la fe se tornará en hechos, y la alabanza reemplazará las oraciones. El amor consumará en una perfección sin sombras, y nosotros le serviremos en un ámbito donde no existirá el pecado. ¡Qué maravilloso será ese día! ¡Señor Jesús, ven pronto!” (Watchman Nee, *El Cantar de los cantares*, pág. 126).